

En la mañana del 19 de agosto de 1839, el sol alumbraba los edificios de París, desde horas muy tempranas. Isidore Niépce permanecía entre las sábanas. Eugénie de Champmartin, su esposa, vestida ya de miriñiqui y elegante sombrero, le acosaba para llegar con tiempo a la ceremonia de lanzamiento de la fotografía.

—*Allez, allez! ¡On y va!*

Pero Isidore, sin atender esos apuros, recreaba en la memoria la vida de su padre, Joseph Nicéphore Niépce, muerto seis años atrás, después de haber gastado su vida en la vivencia del arte y la investigación científica. Isidore tenía vivo, entonces más que nunca, el olor de aquellos embrujados químicos por los que alguna vez pudo ver, sobre una placa de peltre, tal y cual era en la realidad, la platea de la gran casa de campo en la que transcurrió su infancia.

Fue una tarde, de paseo por el campo, cuando Nicéphore detuvo el coche e invitó a Isidore a observar algo extraordinario: con telones negros, armó un cubo enorme y le pidió a su hijo que reptase para entrar juntos por el piso a ese espacio misterioso. Una vez dentro, su padre lo puso en pie para observar los viñedos proyectados sobre una de las paredes de ese extraño cuarto oscuro.

—¡Mira, hijo! ¿Ves los racimos de uvas y la luz sobre sus hojas?

—¡Oh, là là! Eres un brujo, padre. ¿Cómo entra aquí todo lo de afuera?

—Es el principio de la cámara oscura.

Y para explicarlo, Nicéphore mostró a su hijo un pequeño orificio en la pared opuesta a la de las imágenes. Tapaba y destapaba la entrada de la escena mientras terminaba diciendo:

—Muy pronto, mi hermano Claude y yo, sabremos fijar esas imágenes con soluciones químicas.

Eugénie quiso ayudar a vestir a Isidore, pero él continuaba en el pasado:

—Esa noche enfermé y el médico aconsejó encerrarme, sin ninguna luz, para diezmar unas manchas rojizas aparecidas en mi cuerpo. Mi madre trataba de convencerme para oscurecer la alcoba, de no sentir miedo; pero yo mismo la instruí sobre la Cámara Oscura y le pedí que dejara una pequeña ranura en la ventana, encima de mi lecho, para ver en la pared de enfrente todo lo que pasase en las afueras. Mi padre entraba y me enseñaba que este fenómeno, descubierto por Aristóteles al observar un eclipse solar, fue divulgado por Leonardo da Vinci en la época del Renacimiento.

Mientras Eugénie desesperaba con las historias de Isidore, en otro lado de París, el astrónomo, ministro y diputado del gobierno, François Arago, secretario permanente, además, de la Academia de Ciencias, gritaba a uno de sus sirvientes:

—¡Cómo! ¿Luis Felipe I, Duque de Orleáns, Rey de los Franceses, no estará en la ceremonia?

—*Monsieur*, yo solamente traigo el mensaje. Ni siquiera entiendo por qué todavía tenemos rey, si hace más de cuarenta años fueron decapitados Luis XVI y María Antonieta.

—Trae el coche, vamos por *Monsieur* Louis-Jacques-Mandé Daguerre.

—¿Y también por *Monsieur* Hippolyte Bayard?, preguntó con sorna el criado.

—¡*On y va!* Ya veremos lo que pase después de Daguerre o de Niépce o de Hippolyte Bayard o, de Henry Fox Talbot, en fin... si todos buscan fijar las imágenes de la cámara oscura... ¡Que avance la ciencia, con o sin el rey!

Y en casa de los Niépce, Isidore amenazó con no ir a la reunión del Instituto de Francia. Eugénie le animaba:

—¡Vamos querido! ¡Por la memoria de tu padre!

—Me duele haber tenido que marchar, cuando yo hacía los dibujos para sus ensayos con la litografía. En el ejército, supe que había logrado sensibilizar placas de aluminio y fijar imágenes sobre ellas, en 1816, pero con tiempos de exposición hasta de cinco días; y... lo peor, salían negativas. Sin embargo, en 1826, mi padre introdujo una placa de peltre recubierta con betún de Judea disuelto en aceite de espliego, en una cámara construida por Charles Chevalier y obtuvo la primera imagen: nítida, positiva, hermosa... a la que llamó *Punto de vista desde la ventana de Gras*. En ella aparecía el paisaje de enfrente de la ventana del laboratorio: el palomar a la izquierda, los cultivos de pera con el cielo por encima de ellos, el techo del pajar y a la derecha la otra ala de la casa. Ambos lados del patio iluminados por el sol, como efecto de una exposición de ocho horas.

—¿Por qué se asoció con Daguerre, si ya había alcanzado su sueño? Preguntó Eugénie.

—Fui a casa en la primavera de 1827 y encontré a mi padre angustiado con su situación económica. Él y tío Claude habían agotado su fortuna en persecución de las imágenes de la cámara oscura y en los experimentos relacionados con un motor para barcos, el *Pireolóforo*. Tío Claude viajó a Kew, Inglaterra, en búsqueda de patrocinio, sin lograrlo. Entonces sugerí

a mi padre que diera a conocer su *Heliografía*, nombre que daba al proceso; pero me explicó que ocho horas de exposición eran mucho tiempo y había que lograr la instantaneidad.

Tío Claude murió en Kew y todo llegó a su fin. En 1829 mi padre tuvo que firmar el convenio con Daguerre, obligado por las circunstancias y animado por Chevalier. Lo hizo aún con la esperanza de que junto con el inventor del *Diorama* lograría detener el instante en una fracción de segundo, para que la realidad no pueda transformarse, antes de quedar atrapada y cautiva para siempre. Imaginó que la heliografía alcanzaría la omnipresencia cuando los periódicos ilustraran los acontecimientos, no con dibujos y grabados, sino con imágenes de personas y lugares absolutamente reales.

Con profunda nostalgia, los Niépce finalmente decidieron salir.

Isidore y Eugénie entraron en el recinto del Instituto de Francia cuando ya estaba colmado. François Arago ocupaba el puesto del rey. Le acompañaban, además, los presidentes de la Academia de Bellas Artes y la Academia de las Ciencias. A su lado, Louis-Jacques-Mandé Daguerre. El público estaba compuesto por artistas, científicos, políticos y curiosos del diorama.

Los Niépce tomaron asiento, pero Isidore no ocultó su desagrado cuando el diputado Arago, en representación del gobierno de La Francia, le entregó a Louis Daguerre la legión de honor y pronunció que era un orgullo entregar al pueblo “su” invento: *el proceso para fijar las imágenes de la cámara oscura, con resultados extraordinarios*. Invento comprado por el gobierno para darlo libremente a los franceses y después al mundo entero; y en honor del inventor, llevaría el nombre de *Daguerrotipia*.

Otra vez las imágenes del pasado acudieron a Isidore: seis años atrás, en el caluroso verano de 1833, su padre Nicéphore, había muerto de un ataque de apoplejía, como consecuencia de la manipulación de químicos en su entrega total al proyecto de la heliografía.

Daguerre tomó la palabra para describir “su” procedimiento, leyendo directamente del texto *Historique et description des procédés du Daguerrotypie et du Dioram*, que llevó preparado y que saldría en edición al día siguiente: “Una lámina de cobre plateada, comprada ya hecha, fue sensibilizada con vapor de yodo que formó yoduro de plata sobre la lámina.

Después de expuesta en la cámara oscura, la imagen latente fue revelada con vapor de mercurio calentado sobre un infiernillo de alcohol. El mercurio se adhirió a las partes del yoduro de plata que habían sido afectadas por la luz. La imagen fue fijada con hiposulfito sódico y lavada con agua destilada. El resultado fue un positivo finamente detallado con una superficie delicada que tuvo que ser protegida con un cristal contra la abrasión y cerrada herméticamente para prevenir que se empañara al contacto con el aire”. Mostró sus “daguerrotipos”, cuya exposición fue de 20 minutos y con ellos el público quedó atónito. Asistían a la apertura de una gran revolución cultural, hasta ahora nunca vista desde la aparición de la escritura.

La excitación crecía en el recinto. El pintor Paul de la Roche, conmovido, exclamó:

—¡Desde hoy, la pintura ha muerto!

Después de que Daguerre recibió todos los honores, Isidore fue llamado para que, en nombre de su padre, recibiera una pensión vitalicia.

Isidore se levantó lentamente y, cuando recibió la distinción, solo dijo entre lágrimas:

—¡Joseph Nicéphore Niépce, padre mío, te amo!

Al volver a casa, Isidore fastidiado por la duda en cuanto a los verdaderos aportes de Louis Daguerre en la reducción del tiempo de exposición, buscó la correspondencia entre su padre y el tío Claude. Encontró cartas de ambos cruzadas entre sí y con otros científicos. Logró reunir litografías, placas de distintos metales y otros materiales sensibilizados de muy distintas maneras, para demostrar que la daguerrotipia no introducía nuevos aportes a la heliografía. Se propuso escribir un libro para responder a la obligación sentida de buscar el reconocimiento de Joseph Nicéphore Niépce en la invención de la fotografía.

Mientras la daguerrotipia se extendía como una pandemia por el mundo, Isidore Niépce escribía su *Historia del descubrimiento impropriamente llamado daguerrotipo*, que publicó en 1841. ■

Mercedes Elena Correa Builes

Profesora de fotografía
Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

